

# LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 12 de

Julio de 1888.

**Precios de suscripcion.**

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

**REDACCION Y ADMINISTRACION**

Plaza del Sol 5, bajos,  
y calle del Cañon 9, principal.

**SE PUBLICA LOS JUEVES****Puntos de suscripcion.**

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—Consecuencias de la degeneracion femenina.—Preferencias.—Pensamientos.

## CONSECUENCIAS DE LA DEGENERACION FEMENINA

Conferencia dada por doña Rosario de Acuña en el Fomento de las artes la noche del 21 de Abril de 1888.

Señores y Señoras:

Por segunda vez, en el espacio de breve tiempo, dirijo mi palabra á esta nobilísima asociacion, adonde vienen á confluír las fuerzas más sanas, más nobles y más importantes de mi patria; que solo trabajo, sinceridad y honradez pueden admitirse con aquellos calificativos en los núcleos sociales; y aquí, en el Fomento de las Artes, sinceridad, honradez y trabajo parece que se aunan en estrecho consorcio, para levantar en una atmósfera de pureza el verdadero escudo heráldico de la especie humana; ese escudo en el cual no encajan ni los cuarteles de la soberbia científica, ni los del oro mal ganado, sino aquellos otros en donde están escritos los altos lemas de la fraternidad, y cuya cimera, en vez de ser la corona, la espada ó el látigo, es un triángulo de luz que por todas partes mirado, nos dice siempre: *Amacs los unos á los otros.*

Honra, y bien sabe Dios que la tengo por inmerecida, es para mí el encontrarme nuevamente en presencia de este auditorio, y no sería mi lengua servidora sincera de lo que en mi conciencia late, única mision de la humana palabra, sino aprovechase estos momentos, aun á trueque de alargar más allá de nuestros deseos la conferencia, para expresar la gratitud que embarga mi alma hácia la Junta directiva de esta asociacion por el empeño con que me invitó á ocupar esta cátedra, viniendo à levantar mi personalidad, ¡solitaria arista que los vientos sociales enpujan al vacío del no ser! hasta una altura de prestigio en que, á través de las rutinas que intentan denigrarme, veo surgir un auditorio en cuya inteligencia hallan eco mis palabras, y en cuyo corazón, no encallecido por la ruin vanidad, repercute con vibraciones de ternura el ritmo de mi corazón.

Aquí, en vuestra presencia, se rehace todo mi sér, como si de vuestras almas corriese un fluido de vigor que en la mía se condensara obligándome á la lucha, no por mi, sino por vosotros; como si en mi residiera la facultad de reproducirse lo que en vuestro pensamiento late, y mi entidad, átomo nulo cuando á su propia iniciativa se abandona, se engrandeciese en este sòlio de la enseñanza por el reflejo de vuestra fuerza, hasta adquirir un sagrado carácter de inviolable autoridad, que dimana de la alta investidura que me habéis otorgado.

Medid por todo lo expuesto cuán profunda será mi gratitud, al sentirme subir desde la realidad de mi pequeñez hasta la altura de vuestra valía; desde el ciclo estéril y hueco donde rueda mi personalidad, hasta la órbita luminosa y fecunda donde giran las huestes civilizadoras; desde el fondo de un hogar desconocido, hasta el santuario donde se escriben con letras inmortales el nombre de los géneos.

Vedme, pues, como servidora de vuestra voluntad, dispuesta á emitir aquellos conceptos que, si bien brotando de mis labios, toman su origen en el conjunto de la inteligencia humana. Sí, por cierto; que el eterno femenino, en su mision de sintetizar la vida, cuando acciona en el mundo intelectual tampoco inicia la creacion, sino que condensa, recoge, acumula, conforma, reúne, armoniza y abarca, hasta dejar un Todo cumplido, capaz de transmitir con su riqueza de cohesiones los rasgos de la perfectibilidad.

Y sobre estas mis últimas palabras va á desenvolverse el tema de la conferencia.

Como la anterior está dedicada á vosotras, *por y para la mujer*, hé aquí mi emblema hé aquí en lo único que me permito tener egoismo, porque, ¿quien duda que hay egoismo en mí, que soy mujer, al querer la justificación y el engrandecimiento de la mujer? Pero este egoismo, por una derivacion del alma femenina, destinada á no ser egoista, ni aun en su mayor egoismo permitidme el concepto; por una derivacion: escrita en mi organismo con las mismas frases con que la escribe Naturaleza en toda organización femenina; este egoismo, que me hace privilegiar á la mujer en mis pensamientos, palabras y acciones, busca su finalidad, su terminacion en el bien hun ano, en el bien de la especie, en el bien sintético que ha de formarse de las dos dichas, de las dos felicidades, de la masculina y de la femenina. No hay, pues, en mí esos exclusivismos imprudentes que matan en el corazón de la mujer toda ternura arrastrándola á un hibridismo repugnante en el cual no ofrece sino lo más mísero, lo más depravado, lo más ruin del carácter femenino, aquello que la mitología griega simbolizó en las desenfrenadas bacantes, haciéndolas las divinidades de la sensualidad. ¡Funesto privilegio que ostentan aquellas que, violando la ley natural, pretenden reunir en su voluntad las dos virilidades, la de la inteligencia y la del corazón, olvidándose que á la mujer no le es dada más que una,—la virilidad del corazón—por la cual se encontrará esa meta sublime hácia la cual marchan las civilizaciones, hácia la cual es menester que marchen, si han de progresar, meta que se reduce á nivelar los destinos de ambos sexos, otorgándolos derechos y deberes tan equivalentes, que en el concierto de la vida no se desentonen sus esfuerzos, ni desarmonicen sus actividades.

Vedme, pues, queriendo vuestra dicha para lograr la dicha del hombre, queriendo vuestro engrandecimiento para su perfeccion, vuestra dignidad para su progreso: vedme, mujer, cumplidamente mujer, amando más allá de mí misma, deseando otorgar, reunir, sintetizar, dentro de aquel medio en que el destino ha querido colocarme, para juntar las inspiraciones de nuestras almas, y con impulso maternal llevarlas hácia las alturas de la regeneracion de la especie, enlazando con vuestros esfuerzos el molecular esfuerzo de mi corazón, todo él henchido con la suave ternura femenina.

¡Que no huya vuestro juicio cuando mis argumentos lo llamen á recapacitar! Inteligencias masculinas, no ofenderos, no resentiros con los acentos que van á salir de mis labios proclamando la elevación de mi sexo á nivel de vuestra personalidad, quedáis íntegros en vuestros hermosos vigos del pensar. ¡Inteligencias masculinas! esa esfera de acción es vuestra; pero dejadme enlazar en su radio la facultad del sentir, en la que todos los vigos nos pertenecen, y con la cual voy á intentar una llamada á vuestras almas, deseando fundirlas tan estrechamente con las nues-

tras, que le sea posible á las humanidades del porvenir encontrar realizado el ideal del presente: "*La formación de un sér racional, tan grande por su inteligencia como por su corazón.*"

Entremos de lleno en el asunto, y permitidme bajar al detalle, que rápidamente presentaré al auditorio por uno solo de sus aspectos, pues es demasiado breve el tiempo que vuestra paciencia puede otorgarme para la complejidad del problema.

Una vez en el terreno del detalle, voy á elegir aquel más positivo y libre de nebulosidades metafísicas, harto discutidas ya en la árdua cuestión que pudiéramos llamar la médula de nuestro siglo: la emancipación de la mujer. El terreno que me voy á permitir recorrer, acompañada de vuestra atención, no va á partir de acumulación de erudiciones, siempre enojosas y aquí contraproducentes; el libro más sublime es el de la naturaleza; abrámosle con sereno pulso y estudiemos alguna de sus páginas, procurando traducirlas en lenguaje que no ofenda la pudorosa delicadeza del oído humano.

Un misterio inexplorado hasta el día, hace que la vida se avecine en el seno materno al compás de las ondulaciones del corazón. Nada anuncia que aquella crisálida comprenda la importancia del destino que ha de resumir, y no hay augur ni experimento que determine con evidencia, en los períodos más culminantes de la conformación, el sexo del neófito de la vida; no pareciendo sino que la naturaleza, ocupada primero que en nada en la supremacía racional, deja para los últimos momentos de la división sexual, por considerarla, relativamente á la grandeza de la creación humana, cuestión de un órden secundario. Llega el momento de la clasificación, y su mandato sagrado se cumple sobre la criatura, no modificándose en ella muchos, ni siquiera los más esenciales órganos de la vitalidad consciente, sino *remarcándose* con mayor fuerza de acentuación alguno de ellos: el niño y la niña nacen á la luz del planeta; el vaso de la vida se ha colmado; se ha cumplido el génesis, y esa flor encapullada que atesora las herencias de millares de siglos, ese cuerpecito infantil donde van esbozadas las graduaciones de todos los organismos, comienza á palpar, recogiendo en el medio que la rodea elementos para desenvolver las condensaciones de vigor que la otorgó su origen; es el hijo de la especie humana; lleva en sí la sagrada delegación del progreso vital y tan alto, tan grande es su destino, que la naturaleza le ha entregado la virtualidad de los dos sexos, trazando sobre su organismo con la potencia del uno la semblanza difuminada del otro, como si hubiera querido decirle al hombre: *eres hijo de la mujer*, y á la mujer: *eres hija del hombre*. Allá en los centros más latentes de la vida, donde radican en las primaverales horas del amor las dichas de la fecundidad, se descubren vestigios de una unidad completa, llamada acaso á realizarse en especies venideras, ó derivada de una realidad cumplida en especies anteriores; y, bien que sea una promesa del porvenir, ó un recuerdo del pasado; bien que sea una concepción impuesta á la humanidad para unir en fraternal consorcio los dos sexos, ello es que sobre todo organismo humano hay escritos rasgos que en la fortaleza del varón imprimen la fragilidad de la hembra, y en la pasividad de la hembra imprimen la energía del varón. ¡Suavísimo matiz, ténue celaje, modulación delicada del organismo que ostenta sobre un sexo los vestigios del otro sexo!

La niña y el niño son entregados á la familia, esa pequeña sociedad que cual madrepora agregada á un conglomerado de políperos, toma su vida, es decir, sus costumbres, en la gran raíz del Estado y de la raza, nutrida por las leyes y por la religión. La familia, al recibir al hijo de la especie, comienza á intentar la distinción de los sexos en radicales extremos, y aquellas manifestaciones de la comunidad de origen son violentamente combatidas por el medio educativo; el manantial

de la vida encuentra un dique y se separa cada vez más, hasta el punto de que, ni en la senectud, cuando el descanso de la sepultura llama á la carne bajo el nivel igualitario de la transformación, cuando se está muy cerca de ese otro encapullamiento que ha de sufrirse en el seno de la tierra, tan semejante al sufrido en el seno de la madre, ni aun entonces llegan á caminar las dos corrientes en un sólo eáuce, y la ancianidad femenina y la masculina, siguiendo como piedra que cae el impulso recibido en su infancia, se hunden en la muerte, sin que uno solo de sus sentimientos se confundan, ni una sola de sus inspiraciones se armonicen, habiéndose realizado la odisea de la vida sin regocijo en la tierra ni glorificación en la humanidad.

La deformación, la ineptitud, la enfermedad, la ignorancia y la astucia: he aquí la dote que la sociedad le prepara á la mujer. El castigo de esta violación de la naturaleza se cumple inexorablemente, porque el mal engendra el mal en el orden de todos los sucesos. Esta hora de castigo llega en el instante en que el hombre, esa mitad de la mujer, tiene que cumplir el mandato de multiplicación.

Como la naturaleza no desvía sus procedimientos de acción; como ha sido, es y será siempre igual, lo mismo al modelar el hierro en las entrañas de la tierra que el hombre en las entrañas de la mujer, que el astro en las entrañas del universo; como la naturaleza no cambia nunca por la peor ó mejor voluntad del legislador, el sér humano, producto de las dos grandes entidades de la especie, recoge los extremos de ambas, y aquellas deformaciones, aquellas ineptitudes, aquellas enfermedades, ignorancias y astucias que constituyera la dote de la madre, se condensan se recogen, acumulan, conforman y armonizan sobre la organización del hijo, y sobre todo del hijo varón, por el gran trabajo sintético que el sexo femenino realiza en el misterio de la creación. El hombre nace llevando levadura de errores que le harán pueril en sus costumbres, supersticioso en sus creencias, inconsecuente en sus afirmaciones, ruín en sus dudas, nécio en sus vanidades, despreciable en sus ambiciones, vicioso en sus placeres, hipócrita en sus virtudes, y en todas sus ideas, palabras y actos asomarán los rasgos de aquella inferioridad recibida en su cerebro y en su corazón por los impulsos del corazón y del cerebro femenino.

Y bien; por todo lo expuesto, ¿no comprenderéis la imprescindible necesidad de llevar á la vida otro caudal más perfecto que este de condiciones negativas con que dotamos al hijo del hombre? Indudablemente vuestras voluntades femeninas, que son todo amor, vibran en estos instantes al unísono de la mía; porque es menester determinar claramente que ninguna excelencia adquirida por la mujer en el terreno de la costumbre, madre de las leyes, pueda recibirla sino es de la mujer. Sí, por cierto; solo en virtud de sus propios esfuerzos ha de reconquistar su sitio en el concurso social, en atención á una ley que voy brevemente á exponeros. Todo lo que implora, todo lo que vive en la pasividad expectante de ajena determinación que le entregue el beneficio, jamás obtendrá sitio seguro en los banquetes de la vida, y, así como la planta flébil sucumbe sin hábil jardinero que la defienda, y solo existe por una otorgación más ó menos cuidadosa, así todo engrandecimiento que le llegue á la mujer en el orden social por determinación del hombre, solo servirá para especificar más claramente su inferioridad, verificándose de este modo una apariencia de regeneración, espejismo esplendoroso por el cual adquirirá nuestro sexo más privilegios, pero también más dolores, ganando en vanidades lo que pierda en fortaleza, y, á la larga, la reacción de este engrandecimiento ficticio atraído, no por el íntimo valer, sino por la clemencia masculina, pudiera muy bien llevarnos á un nuevo gineceo en donde perdiéramos hasta la conceptuación de criaturas racionales que hoy ya poseemos, adquiriendo, en cambio, el calificativo de

*irredimibles*, peligro pavoroso que expongo á vuestra consideracion, segura de que vuestro juicio alcanzará lo trascendental de la catástrofe. Nosotras no debemos esperar nada sino de nosotras mismas, no por terquedad de rebeldía orgullosa, sino por convencimiento de razones deductivas. Nosotras no podemos intentar otro valer que el alcanzado por aquellas condiciones que poseemos, bien que sean latentes, perfectamente dispuestas para nuestra progresion. Hé aquí por qué mi voz se dirige á vosotras, no con el propósito de levantar una bandera ridícula y contraproducente que nos emancipe en las exterioridades, sino con el empeño de que nuestras inteligencias sacudan su letárgica quietud, y, reconcentradas en el fondo de nuestras conciencias, bebiendo la luz de la sabiduría en el cálido resplandor de nuestras intensas ternuras, cimentemos con solideces de granito las manifestaciones de nuestra indiscutible personalidad racional, hasta levantarla en el sólio que la destinó naturaleza, desde el cual presida con iniciativa perfecta la conformacion de las razas. Hé aquí el plano sublime sobre el que se nivelarán las energías intelectuales, dejando en los siglos estela gloriosa de excelcitudes.

Veamos para llegar á este plano, qué trámites hay que seguir; pero veamos antes si los que se siguen son los conducentes.

Herencias de ferocidad salvaje, no encubierta con bastante rigidez por las civilizaciones orientales ni por los siglos medios, causas que no son del caso indagar-pues antes que de nada me ocupo de que llegue mi palabra á todos los oidos con la mayor brevedad y sencillez posibles: herencias ó causas bien funestas, nos ofrecen un presente social incoloro, rebajado, ficticio, en el cual las olas de las más desenfrenadas pasiones no encuentran otra barrera que unos ideales religiosos caducos, fantásticos, huecos, momificados en ataud de leyendas, que se desmoronan como polvo estéril al reflejo más ténue de la investigacion científica. En el fondo de este océano social, tan pobremente contenido por tan mísera barrera, corre los desechos temporales un principio admitido casi sin controversia, que dimanando de la autoridad religiosa, traza el camino de la existencia de la mujer imponiéndose en todos los planes de su educacion, en un espacio tan estrecho y penoso, que maravilla como en él se desenvuelven las energías vitales. La reglamentacion acomodada á un molde inflexible, pesa como losa de plomo sobre la entidad femenina y recogíendola de manos de la naturaleza, vigorosa en sus músculos, firme en sus nervios, rica en su cerebro, ondulada en sus formas, la entrega á la civilizacion (no olvidaros que hablo en España y para las españolas) como masa deforme de músculos relajados, nervios vibrantes, cerebro empobrecido y formas angulosas, para lo cual si no usa del hierro y del fuego materialmente hablando, usa del hierro y fuego moral, que son la acumulacion de quietudes sobre su vitalidad física, y la acumulacion de hipocresías sobre su vitalidad intelectual.

En efecto, contemplemos á la niña desde el momento en que, según una frase gráfica, comienza á ser *una mujercita*. Todo lo que se la impone es inmovilidad de cuerpo y de alma. ¡Ay de aquellas que se muestran rebeldes á la doma! La expansion, el movimiento, el racionio, los diversos modos de que la naturaleza dispone en su arsenal maravilloso para evolucionar el desarrollo humano, son cruelmente fustigados en la niña como crímenes de lesa impudor del sexo. ¡Pobre sexo; adónde se empeñan en encerrar tu pudor! La impasibilidad de la estatua comienza á extenderse primero sobre las exterioridades, más tarde llegará al cerebro; interin el corazon late, y, como toda aquella fuerza impulsiva no encuentra sitio vivo más que en el corazon, este va engrosando, permitidme el simil, hasta que pasa desde la sensibilidad normal á la patológica, y la mujer, á poco de salir de la infancia, se encuentra con un cargamento inútil de sentimientos, lastimosamente perdidos en el

hueco asilo de una fantasía delirante. ¡Cuantos Pranzini saben especular sobre la gran perturbación de estos organismos! Pero ¡es pudorosa! Sabe andar sin mover más que los pies, y esto por ser indispensable; sabe hablar sin que su rostro exprese ninguna movilidad de afectos. Como mueve los pies mueve los labios y así como la voz hay que emitirla á compás, sin darla el menor relieve el concepto, el fondo de la frase, es menester que sea de una simplicidad anodina y dulzona, que no se extralimite más allá de las expresiones inocentes. ¡Ah! ¡Como se venga la juventud femenina de estos frenos del torpe error, lanzando por sus ojos llamaradas de provocación y por sus labios sonrisas de atrevimiento! No parece sino que el pudor, impuesto por orden de la hipocresía, solo sirve para enardecer en ella todo género de impudores.

La enfermedad, tan admirablemente atraída sobre aquel organismo, violentado y envilecido, llega con cauteloso paso y espera el momento supremo en que la vida toma derechos de reproducción en el sér femenino, para invadirla con caracteres latentes, ó caracteres determinantes. En el primer caso la mujer será una enferma toda su vida, una enferma con apariencia de sana; en el segundo, pasada la crisis eminente, quedará lacerada hasta más allá de la vejez, hasta en la senectud.

La enfermedad latente, el desequilibrio, el estado anómalo, la violencia y el espasmo en todos y en cada uno de sus órganos... ¡Ah! Cuando el hijo del hombre comience á vivir en aquel seno tan horriblemente perturbado, acaso el equilibrio se restablezca, ó acaso se acentúe la ruina: y ¿sabeis el resultado de estos extremos? pues el resultado del primero es que el hijo del hombre se lleve á su organismo las defectuosidades de su madre, y en el segundo es la muerte, ó la locura, para la madre ó el hijo; de todos modos la degeneración, el dolor; ¡de todos modos el alma humana revolviéndose en ligaduras de oscuridad que no aquilatan su purísima esencia!

Y como si no bastara que toda la vida de la mujer se ofreciese para la desventura, la tenacidad del error avanza hasta un grado inconcebible; y aquella hermosura dotada de sus formas, aquella hermosura suave y ondulada que lleva en sí algo de inmateral, como si fuese hecha más que para el recreo de los ojos para enaltecimiento del espíritu, se hunde sumida en un caos de ángulos y recortes; y la mujer, figurin con cintura de avispa, seno de bacante, plantas de pájaro y rigideces de escultura, sustituye á la bella mitad del género humano, estrujándola en un tipo de hermosura risible, más propio de figurar en aquelarre de brujas rejuvenecidas que de ofrecer sobre los altares de la vida el holocausto del amor. A estas dos decadencias expuestas se ajusta el empobrecimiento cerebral. Hémos aquí ante esas diferencias que la frenología señala entre los cerebros del hombre y la mujer. Ella nos la indica y nos la evidencia: no hay que negarlo. Pero ¿sabe establecer el punto de partida de la diferenciación?—La biología hablará; ya hace tiempo que está hablando. Cuando se cultive suficientemente esa gran rama del árbol del saber; cuando sus declinaciones no se hagan exclusivas de las escuelas intransigentes, y comience á sintetizar sobre los grandes análisis, sin cerrar los oídos á las enseñanzas filosóficas, cuando abarque con esa modesta humildad de toda ciencia fecunda, los elementos que la ofrezcan las demás corrientes de la sabiduría, entonces se dirá la última palabra; hoy podemos colocar, sin escrúpulos, al lado del cerebro del hombre, el de la mujer tra-la :emos el tiempo y el espacio, y veremos el cerebro femenino de la europea infinitamente superior al masculino delmogol ó del indio. Insuficiencia por medios, no inferioridad por origen; hé aquí todo.

Entre los sexos de nuestra raza existe la diferencia; repito que es imposible negarla, al menos en el estado adulto. De esta diferencia brota la última y más funesta de las perturbaciones. Voy á exponerla, y ruego al auditorio ponga de su parte un poco de paciencia: es de hondo interés comunal la cuestión que me he permitido traer á vuestras consideraciones. ¿No será posible que en vuestras claras inteligencias encontréis bondad para escuchar mis palabras que, si bien toscas é inhábiles, llevan el latido de intenciones sanísimas? Yo os suplico vuestra condescendencia en atención no á mí, sino al asunto de que se trata. Prosigo.

El cerebro de la mujer no piensa. Bruscamente detenido en su desarrollo por infinitas concausas, algunas de las cuales he tenido la honra de manifestaros, sufre

un estancamiento, una especie de atrofia, metafóricamente hablando, en relacion paralela á la hipertrofia que acomete á su corazón hasta el extremo de que los cuadros menos punzantes que ofrece á la vida moral el dolor de la lucha, toman en su imaginacion la intensidad de tragedias sombrías. Ni un vestigio de virilidad se descubre en los sentimientos que traduce su cerebro; la única nota que emite, acorde con los grandes afectos humanos, es el amor materno, muchas veces excepcional virilidad del alma femenina. Fuera de esta bien delineada condicion, lo degenerado; una quietud sombría preside en aquel centro de las actividades intelectuales. Y cuando la multiplicidad de las sensaciones le impulsan al movimiento, suele desordenarse entre las garras de las locuras afectivas. En estado normal refleja la luz de todas las grandes pasiones, como si sus dos hemisferios fueran opaca masa de médula, no florescencia luminosa del alma. Dijérase, al contemplar el actual cerebro femenino que es uno de tantos ganglios como se encuentran en el aparato de la nerviosidad refleja, y no el caliz henchido por la divina esencia, cuyos pétalos nacarados ostentan el eterno matiz de la razon. Allí no hay pensamiento más que bosquejado, allí no hay atencion suficiente; allí está seca y fría la petrificacion de la inteligencia, detenida por la mano de hierro de una educacion física y moral, monstruosa é impía.

La necesidad del pensar se impone en toda naturaleza humana, degenerada ó perfecta.—¿No se piensa por sí?—pues hay que pensar por accidente.—¿No se piensa por obra de las impresiones atraídas al fondo de la conciencia, en virtud de un trabajo de reconcentracion?—pues hay que pensar por obra de una influencia externa atraída sobre la propia voluntad en virtud de una laxitud abarcadora de las facultades. En el órden de todos los procesos intelectuales, no hay más que dos extremos: vencer ó ser vencido. La mujer tiene que pensar por accidente. A esta condicion que se la impone al deformar su órgano intelectual, se añade aquella modalidad ineludible de su sér, construido para otorgar, y para resumir la vida. Hé aquí ya dispuesta la víctima; el ara ha venido del Oriente; la han traído las auras de las religiones positivas, que al ir aquilatando sus absurdos hasta la quinta esencia, nos han legado á nosotros; los hijos del siglo XIX de la era cristiana, la gran aberracion, el hombre célibe por mandato de la ley, el sér humano destinado á nutrir no la vida de la especie, sino la vida de los gusanos; y este último absurdo de las religiones positivas, esta depurada insensatez de una larga série de insensateces, este producto de la más impía de las soberbias humanas, que intenta colocarse nada menos que entre las legiones angélicas de un cielo sin sexos, esta entidad que tan repugnante excepcion pretende ostentar en el conjunto de las fuerzas vitales, es la destinada á sugestionar á la mujer imprimiendo en su cerebro la accion del pensar. ¡Sacrificador digno de la víctima y del ara donde se realiza el sacrificio!

Con él se comunica la mujer, con él se fusiona, se nivela, se iguala, se funde, en ardoroso fluido intelectual, ¡con el hombre célibe! ¡Con la más innecesaria individualidad de la familia humana! La luz de sus pasiones bastardeadas por el matiz de ilegítimas, que las imprime la ley, será la que caiga en el cerebro femenino, en lluvia de frases bien elegidas para llevar sus sensaciones á las alturas fantásticas. El dolor minucioso irá á exponerse con relieves de catástrofe al fondo de la inteligencia de aquellos hombres que casi son ángeles; la llaga será curada con promesas idealistas, que hundirán cada vez más la voluntad de la mujer en lo inepto de la conformidad. *Allá arriba, en el cielo, está Dios: aquí, no; la justicia allí ha de encontrarse; en la tierra, imposible; todo será deruelto allí; hay que morir para resucitar.* Todos estos, ó parecidos conceptos, hacen de bálamo, y las llagas se cierran. ¡Son tan pequeñas, que basta un deslumbramiento de la imaginacion para curarlas! En cambio de esta paz, estado tan seductor para inteligencias inferiores, la mujer recoge un caudal de pensamientos. Es verdad que no son suyos, que no brotaron de sus fuerzas psíquicas; pero ¿qué mayor gloria para ella que ser el receptáculo de los pensamientos del hombre ángel? El asunto no merece discusion; entre pensar con nuestra propia fuerza y exponerse al dolor eterno como el impío Satanás, ó pensar por cuenta de Dios, con la esperanza de una paz continuada aquí y en el otro mundo, la eleccion no es dudosa; la causa de Dios triunfa, y allá

va la mujer, al paraiso, interin el hombre, el hombre verdadero, que siente, piensa, ama, espera desea, sufre y trabaja, se queda aquí luchando, en la tierra, para cumplir el mandato de la naturaleza y hacer de su morada un jalón sobre el cual se afirme el progreso de la vida.

La mujer del devocionario en la mano y la envidia en el corazon, la mujer tiernísima, amorosa, conmovedora en la actitud de la adoracion ante el misterio; y áspera fría y díscola en la actitud del trabajo ante las vicisitudes de la vida, es la consecuencia de esa degeneracion cerebral, que se cumple bajo la autoridad de un principio que tiende á separar, á divorciar los dos sexos en la realizacion de todos y de cada uno de sus fines.

La sociedad refleja todas estas consecuencias. La supersticion nos acomete por todas partes. Allí donde la idea, la palabra ó el concepto religioso deberían significar amor y respeto á todos los seres, nos saltan al paso los fanatismos como si fueran hordas de mónstruos, y con sus garras de acerada impiedad destrozan nuestras almas abrasándolas con la calumnia. El desaliento invade todas las esferas. El varon se torna infantil en cuanto el peligro reclama las energías del vigor, las inconsecuencias, llamadas rectificaciones en el púdico lenguaje que se escandaliza de la palabra y no del hecho, las rectificaciones, inconsecuencias ó apostasías forman de la entidad humana un arlequín de virtudes que ofrece satisfaccion á todas las doctrinas. Una inercia, una atonía un pesimismo corrosivo aplasta todo impulso de generosidad que se levante sobre este nivel sombrío hácia las puras regiones del ideal redentor. El hombre cínico surge con alarmante frecuencia de nuestras sociedades, y disfrazando su egoismo soez y brutal con las vestiduras de la ciencia ó del arte, entra impunemente en todos los círculos, adonde lleva la levadura de su envilecimiento, á fermentar con el eco de los aplausos en larga serie de iniquidades. El oro, que los albures del vicio ó el impudor depositaron en las arcas de los audaces, sirve para endosar en valores de buena ley la más torpe inmoralidad; y aquellas personalidades nebulosas que en un pasado no lejano se ejercitaron en el manejo del engaño y de la rastrería, triunfan con más facilidad y en más breve tiempo en la lucha social; y sobre los pedestales del prestigio no se levantan por lo general el decoro, la bondad, el trabajo y la sabiduría, sino la ferocidad, el orgullo, la astucia y el charlatanismo. Esta tremenda revulsion de retroceso decadente que por todas partes nos acomete y que en vano pretenden contener los grandes pensadores, invade á la familia. El odio se desliza en el hogar. En los corazones humanos se verifica una manifestacion de las leyes del atavismo. El período del celo triunfa del amor inteligente en las relaciones de los dos sexos, que no se *aman*, sino que se *buscan*. A la satisfaccion de la ley instintiva de reproducirse sucede la enemistad, la desestimacion, la indiferencia propia de las especies inferiores. En el hogar de la raza impera la soberbia del individualismo y el matrimonio humano está compuesto siempre de víctima y verdugo, y en tanto que el hombre lleva sus vigores á la actividad febril del neurosismo, la mujer se desliza por una pendiente sibarítica y el lujo de las preciosidades ¡ó el lujo de los andrajos! es el único centro hácia el que convergen sus esperanzas. Los hijos de estos hogares crecen sin amor; el nido humano descende más abajo del nido de los bosques; al niño se le impone la lucha por la vida antes de imponérsele la razon, y unas frases horribles dirigidas á los padres por los labios filiales, sirven de corolario á este panorama que es verdadero, que es positivo efecto de decadencia, confirmado por las excepciones que me complazco en consignar, y que para dicha de nuestras almas, encontramos á nuestro alrededor.

*Vosotros teners la culpa de que haya nacido.* Hé aquí esas frases que, si en la medición del raciocinio son elocuentemente justas, lanzadas hácia los padres como reproche por la desesperación, sirven para evidenciar el mas espantoso de los sentimientos, el odio á la vida.

Ved ese cuadro y comparadle con aquellas realidades de la justicia, la bondad y la razón que se imponen á todas las generaciones como esplendente meta de las actividades humanas.



El remedio más esencial está en nosotras porque el daño más importante nosotras le hacemos. Que lleve el hijo la herencia de una madre amorosa é inteligente y el equilibrio quedará restablecido. Para esto hay que formar las futuras mujeres, á las futuras madres, pasando con enérgica firmeza sobre este camino de espinas que el presente nos ofrece. No esperemos nada de la piedad del hombre, jamás seremos su mitad siendo sus libertas. La naturaleza, siempre justa, ha querido resarcirnos y poner á nuestro alcance el arma más poderosa: los hijos. Los hijos son nuestros en la edad más esencial y más precisa para la conformación del juicio y de la voluntad. *Hijo de mala madre* se le dice al hombre, como el más sangriento de los ultrajes. Estas frases consagran la soberanía de nuestro poder sobre los hijos: el hombre dudará de Dios, de su padre, de la sociedad, de sí mismo: de su madre ¡jamás! la lleva en él con certidumbre absoluta. No hay nada más hondamente desesperante que la evidencia de una madre indigna. Todo esto os lo expongo para afirmaros en la convicción de nuestro poder sobre el hijo y la hija: igualad sus cerebros; rebajad la fatuidad del hombre; elevad la dignidad de la mujer; enseñadlos á pensar en la misma escala, á sentir en el mismo tono: educad al varón para que sea justo con la mujer, no galante.

¡Justicia es lo que necesitamos, no galantería! Que la mujer tenga conciencia de sí misma; hacedla inteligente. Para que tenga inteligencia desarrollad su organismo con elementos iguales que aquellos que rigen la educación del varón; para atraer sobre ella estos elementos y no chocar de frente con las corrientes enervadoras que nos rodean, fundad el hogar campestre donde llevéis á reposar á la familia en largas temporadas; el hogar en el seno de la naturaleza en donde luz, aire, sol, espacio, ejercicio, meditación, sencillez y libertad se aunan sobre la mujer predisponiéndola á *saber pensar*; el primer fundamento de todas las humanas dignidades. Para conseguir esto, sacrificadlo todo, galas, vanidades, felicidad, posición, intereses; cuanto sea sacrificable en el orden material de la existencia, y á la par que forméis estas futuras entidades femeninas, con arreglo á la ciencia, á la filosofía y á la moral, decid al oído de vuestras hijas estas palabras: "Toda libertad tiene sus víctimas; toda redención sus mártires; no se triunfa sin luchar; á la mayor altura del ideal corresponde la mayor elevación del calvario; preparaos á la batalla haciendo la renuncia voluntaria del vencimiento, y no levantéis jamás vuestros ojos al cielo cuando se os ofrezca el cáliz de la amargura; á la inmensidad de Dios no llega nunca la pequeñez del hombre, ni aun en su mayor grandeza, que es el dolor; profanar con una sola lágrima de pena el sereno ideal de la gloria es el más impío de los sacrilegios; la hiel no traspasa nunca los límites de nuestro propio corazón, y el secreto para convertir su acritud en dulzura de néctar consiste solo en levantar nuestro amor más allá de nosotros mismos, más allá de la familia y de la patria, hasta el majestuoso cosmos universal donde se deslizan las humanidades.

Habladles de este modo á vuestras hijas y entrarán en las nuevas generaciones como la Minerva de la mitología, armadas de todas armas.

Dispensadme que haya abusado de vuestra paciencia y llevaros en vuestro pensamiento la certidumbre de que, para testificar mis convicciones, no he vacilado un solo instante en entregar mi personalidad á los sacudimientos de la pública opinión, ¡tan inclinada á colocar en la picota del desprecio á toda alma que intenta evadirse del nivel admitido! ¡picota más abrasadora que las hogueras inquisitoriales! picota á la cual, si es preciso subir, ascenderé serena; de tal modo encuentro insignificante la felicidad, la vida y el nombre, ante la grandeza de ese ideal sublime que surge en los orientes del porvenir levantando sobre apoteosis gloriosa al hombre y á la mujer, unidos por eterno abrazo de sus inteligencias y de sus corazones, para el solo fin de la ventura humana.

He dicho.

# PREFERENCIAS

## I.

Nada en este mundo hay para mí más repulsivo ni que me cause impresión más desagradable que las preferencias inmerecidas: éstas me han separado desde mi niñez de la religión católica, apostólica romana. Los *llamados*, y los *elegidos*, me hicieron dudar un día hasta de la existencia de Dios; pues mi espíritu se sublevaba ante los niños pordioseros que gemían y pasaban hambre y frío sin haber pecado.

Recuerdo como si la estuviera viendo ahora, á una pobre niña que contaría nueve ó diez años, pálida y enfermiza, con los cabellos rubios y lacios que le caían desordenadamente sobre los hombros, mal cubiertos éstos con un pañuelo de seda amarillento hecho girones: una camisa de un blanco ceniciento y un refajillo de bayeta encarnada completaban su atavío. Sin medias ni zapatos, llevaba los pies sucios y ensangrentados, y la infeliz se los contemplaba á menudo, sin duda porque se encontraba rodeada de muchísimas niñas lujosamente vestidas, una de estas era yo.

No recuerdo qué título de Castilla había costado una función en la iglesia del Salvador de la oriental Sevilla, habiendo invitado á las directoras de los mejores colegios, que fueron con todas sus educandas. Llenóse el templo de niñas vestidas con trajes de seda, zapatitos de raso y sombreros bellísimos, adornados unos con plumas y otros con flores; y entre aquellas niñas tan bien ataviadas veíase á la pequeña pordiosera, de la cual todas las chicuelas huían con visible repugnancia, como temiendo contagiarse con su pobreza. La inocente mendiga, viendo que huían de ella, se acercaba con más insistencia á todas, y mirándolas con cierto asombro, les iba diciendo: «Dame una limosnita por amor de Dios.»

Cuando se acercó á mí, instintivamente hice también el mismo movimiento de repulsión que las demás. Notólo mi madre, y me dijo en tono de reconvención:

—Por qué huyes de esa pobre criatura? ¡Harta desgracia tiene con haber nacido en la miseria!

—¿Y por qué ha nacido pobre?

—Porque Dios lo habrá querido así.

—¡Dios!..... ¿Dios quiere que algunos de sus hijos estén de más en todas partes? Pues es un padre muy malo. ¡Pobrecilla! Tienes razón, madre mía; esta niña es muy digna de compasión. ¡No sabía yo que Dios tenía preferidos!—Y desde aquel día,—contaría yo á la sazón unos once años,—abjuró mi alma la religión católica, no podía admitir un Dios que hiciera nacer niños pobres, que fuesen despreciados por los niños ricos.

Las preferencias divinas de los *llamados*, de los *elegidos*, de los *predestinados*, de los *ángeles*, y de todos los seres que, nada más, que *por que sí*, eran superiores á los demás, las rechazó mi espíritu con toda la energía de su voluntad. Y si las preferencias de Dios eran inadmisibles en mi amor inmenso á la justicia, las de los míseros mortales no lo han sido menos; y he sufrido y sufro cuando veo uno de esos cuadros de familia en que aparecen varios hijos, uno de ellos adorado y mimado hasta la exageración, y tratados los otros, como si estorbasen en su propio hogar, con glacial indiferencia por los autores de sus días.

¡Cuántas desgracias nacen de esas preferencias odiosas! ¡Cuántas niñas bajan á la tumba moralmente asesinadas por la misma mujer que las llevó en su seno! Conozco á una familia compuesta de un matrimonio con dos hijos, un niño y una niña, siendo esta una de esas almas que vienen á la tierra para suspirar por el infinito. Estelvina siente la nostalgia del cielo: en sus ojos hay acumuladas todas las tristezas y amarguras de la vida. Nada más sombrío que el fondo de aquellos grandes ojos: no son los de una niña, no; hay en ellos todo el desencanto del escepticismo, y sus miradas cuentan una historia de dolores; ¡pobre Estelvina!

No hace muchos días que hablé con ella, y preguntándole qué edad tenía, contestóme con amargo acento:

—Doce años, ¡doce años de continuas contrariedades!

—Tú, tú contrariedades? teniendo tus padres, tu hermanito y lo bastante para vivir con desahogo?

—Yó no tengo á nadie. Bien sabe usted que mi padre, como que es marino, siempre está viajando, y apenas le vemos una vez al año. En cuanto á mi madre..... mi madre..... no me quiere; prefiere á mi hermano en todo y por todo: para él quiere vivir muchos años, para él ambiciona ser muy rica, para él sueña con la conquista de un mundo, y para mí..... ¡Ay! Amalia, ¡que diferencia! para mí, ni la ropa más precisa cree que me hace falta. Me envía al colegio sin libros, y ni siquiera me compra unas tijeras para bordar. Ahora dicen que me pondrán á toda pensión. ¡Dios lo quiera! ... así saldré de este infierno, así dejaré de sufrir desprecios de mi madre, así no seré la víctima de los caprichos y exigencias de mi hermano. Yo no sé para qué habré venido á este mundo! Todos cuantos niños miro, son más felices que yo; hasta los que piden limosna son menos desgraciados si tienen madre, porque yo..... yo no la tengo. ¡Si Dios quisiera acabar conmigo!.... En fin, ¡quien sabe! por de pronto ya comienzo á echar sangre por la boca.—Y efectivamente, el blanco pañuelo de Etelvina se cubrió de manchitas rojas cuando se limpió los labios, y la pobrecilla ahogó un gemido.

En aquellos instantes, ¡con cuánta pena miré á Etelvina! En su rostro no había la expresión de la niña candorosa, sino el amargo desencanto de la mujer desengañada. Su mirada, vaga, era tan triste, tan triste.... que dejaba adivinar un torrente de lágrimas, las cuales, torciendo su curso natural, en vez de resbalar por las pálidas mejillas, caían gota á gota como plomo derretido sobre el corazón.

## II.

¡Cuántas responsabilidades contraerá la madre de Etelvina en esta existencia! Ella será responsable de todas las desgracias de su hija. Si ésta vive, si la fuerza de la juventud domina los síntomas fatales de su naciente enfermedad, abandonará su ingrato hogar en cuanto un hombre murmure en su oído una palabra de amor, y sin preguntarse á sí misma si le ama, sin consultar con su familia si aquel hombre por sus costumbres le conviene, Etelvina le dará su mano por huir del infierno de su casa, y, ¡quien sabe si mañana arrastrará por el lodo su corona de desposada! Porque los casamientos que se hacen por huir de la casa paterna, conducen muchas veces á la mujer al abismo insondable de un lupana!... La que al casarse solo da un cuerpo mas ó menos hermoso á su marido, corre el riesgo inminente de prostituir aquel mismo cuerpo en día no lejano.

La mujer que teniendo familia crece sola sin el amor bendito de sus padres, sin ese calor que solo se encuentra en el hogar, crece en el hastío, no tiene en estima su propia dignidad puesto que ha vivido sumergida en la humillacion, y está expuesta á descender por la pendiente del vicio sin saber donde y cuándo se detendrá. ¡Pobre Etelvina! ¡cuántas niñas como tú viven sin vivir!

Si, por el contrario, antes que vista las galas de la mujer, su palidez aumenta, la tos desgarrá su pecho, se doblega su talle como los lirios marchitos y exhala su último suspiro sin recibir en su frente los apasionados besos de su madre, muriendo de frio en la primavera de la vida, ¡qué triste!... ¡qué triste debe ser! ¡qué impresion tan dolorosa se llevara el espíritu de la tierra! ¡Pobre Etelvina! he aquí una víctima de esas preferencias odiosas que tanto han influido en la existencia de muchos seres y para las cuales no tiene marcado el Código ningun castigo, aunque son la causa de grandes infortunios. Muchos malvados, muchas mujeres perdidas han declarado, al hacer su postrera confesion, que en su hogar no habían recibido sino frialdades y humillaciones de los que les dieron el sér. Crecer sin el calor de nadie, porque la muerte ó causas poderosas dejen al niño en la orfandad ó separado de sus deudos, es menos triste, es menos doloroso que tener familia y vivir proscrito entre ella. Ha dicho Campoamor y ha dicho muy bien:

Sin el amor que encanta,  
La soledad de un ermitaño espanta;  
Pero es más horrorosa todavía  
La soledad de dos en compañía.

¡Pobre Etelvina! ella vive sola, sus dolencias no son compadecidas, su sentimiento no es comprendido, su talento, su buen criterio no es apreciado; suspira por vivir lejos de su familia ¡Ay de los niños que desean huir de su hogar! Son las víctimas de esas preferencias odiosas que tanto perjudican á la armonía social.

Siempre he dividido á las mujeres en dos clases, compuesta la una de *hembras* fecundas, que sirven para la multiplicación de la raza humana, nada más que para la multiplicación, inferiores en sentimiento maternal á las hembras irracionales que quieren, cuidan y atienden de un modo admirable á sus hijuelos. La otra se compone de mujeres madres, que lo son por su delicado sentimiento, aunque su organismo sea estéril, y que, si llegan á tener hijos, no prefieren ni á este ni á aquel, sinó que procuran despertar en ellos el mútuo afecto y la tolerancia recíproca, la paciencia en los mayores para sobrellevar las exigencias de los pequeños, y el amor más tierno en los pequeños hácia aquellos que les enseñan á dar los primeros pasos.

¡Cuán hermosa es la misión de la madre que sabe cumplir con su deber! En cambio, ¡cuán repulsiva la mujer si se parece á la madre de Etelvina! Es peor, mucho peor que la madrastra más perversa; peor que las mismas fieras.

A la religion católica cabe una gran responsabilidad en esas preferencias fatales. Si ella presenta un Dios que tiene *elegidos*, las madres de conciencia y sentimiento poco cultivados bien se pueden creer autorizadas por el mismo Dios para tener preferencias por uno ó por otro de sus hijos: aberracion moral que hace numerosas víctimas como la melancólica Etelvina, la hermosa niña que no ha tenido infancia, que siente la nostalgia del cielo y suspira por el infinito!

Amalia Domingo Soler.

---

## PENSAMIENTOS

- El espíritu corre mucho cuando sabe poco, y corre poco cuando sabe mucho.  
—  
El *quien sabe*, es la válvula que nunca se cierra en el entendimiento.  
—  
Lo de *arriba*, es un océano sin fondo.  
—  
La conciencia es el resultado exacto de un entendimiento seguro.  
—  
¿Qué es la eternidad? la explicacion de despues.  
—  
Las violencias no dan luz á los pueblos.  
—  
Las religiones no quieren seres pensadores, quieren simples, niños y ancianos.  
—  
El insecto es mas libre, que el fanático religioso.  
—  
La lucha mas terrible para el espíritu, es querer dominar á los demás, no pudiéndose dominar á sí mismo.  
—  
El padre del bien, es Dios.  
—  
Las religiones han dado vida al becerro de oro.  
—  
Todos parecen felices fuera de su hogar.

---

Imprenta de Cayetano Campins, Santa Madrona, 10.—Gracia.